1841

JUAN DE MENA

CASA DE DORMIR

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
TELÉFONO NÚMERO 551
1901

CASA DE DORMIR

Esta obra es propiedad de su autor.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CASA DE DORMIR

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

JUAN DE MENA

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1901

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/casadedormirjugu00mena

Querida hija Berta: Coloco tu nombre al frente de esta obra, mi predilecta, en demostración de mi inmenso cariño.

Juan de Mena.

PERSONAJES

TIMOTEA
ROSALÍA
SINESIO, marido de Timotea
UN ESCRIBANO, marido de Rosalía
RUFINO, caballero de *industria*
DON SERAPIO

La acción pasa en Madrid

ACTO ÚNICO

Sala modestamente amueblada. Puerta en el fondo y en primer término derecha. Una cama en cada lado de la puerta del fondo. Balcón en primer término izquierda. Al pie de la cabecera de la cama del lado derecho de la puerta de fondo un velador, sobre el que habrá una palmatoria con vela encendida.

ESCENA PRIMERA

SINESIO

¡Qué contento estoy! Y aun parece que respiro mejor desde esta mañana, que se marchó mi mujer á Jetafe á pasar unos días al lado de su hermana. Ya puedo sin ningún recelo divertirme con mis amigos. Mi mujer es insoportable; no me deja salir á la calle, tiene celos de todas las mujeres y me martiriza horriblemente. Aprovechando su ausencia he puesto casa de dormir, á ver si puedo sacar algún dinero para *correrla* con quien me dé la gana. Mi corazón necesita expansión, mucha expansión. Pero á pesar de haber anunciado mi establecimiento, poniendo un rótulo en el balcón con letras muy grandes, todavía no ha venido ninguno de esos hombres que se encuentran en Madrid sin saber en dónde han de pasar la noche. (Suena la campanilla.) ¡Ah! Ya empiezan á venir. (Abre la puerta y se presenta Rosalía jadeante y con la garganta arañada.)

671203

ESCENA II

DICHO y ROSALÍA

ROS. ¿Me permite usted pasar aquí la noche?

SIN. Con mucho gusto, señora. Parece que viene usted muy agitada.

ROS. ¡Ay! ¡Qué desgraciada soy!...

SIN. (Aparte.) (¡Qué guapa es!...) Pero, ¿qué le pasa?

ROS. Vengo huyendo de mi marido.

SIN. ¿Y por qué huye de él?

ROS. ¡Porque si no me mata! ¡Me ha maltratado!

SIN. Su señor marido será un salvaje. ¡Maltratar de esa manera á su mujer, siendo tan bella y... tan buena!... Porque usted debe ser muy buena.

ROS. Muchas gracias.

SIN. Supongo que no le habrá dado motivo á su esposo para que la trate así.

ROS. El siempre encuentra motivo para martirizarme. También es muy celoso y se enfurece cuando un hombre me echa algún piropo.

SIN. ¡Comprendo su desgracia!... De modo que por celos la ha maltratado.

ROS. Ha sido porque derramé el tintero sobre un pliego de papel que él había escrito.

SIN. ¿Es escribano?

ROS. Sí, señor.

SIN. (Aparte.) (Se conocen: son arañazos de escribano.)

ROS. Este hombro tengo magullado. (Señalando el hombro derecho.)

SIN. ¡Infame!... No vuelva usted á mirar á ese hombre. El marido que tan cruelmente trata á su costilla, le da á ésta suficiente motivo hasta para que le sea infiel. Si yo me encontrara en su caso, me la pagaba. Quédese usted en mi casa y no vuelva á pensar en ese tigre; peor que un tigre, que hace presa

en la carne... (Aparte.) (Y en las bolsas no digo nada.) (Suena la campanilla.)

ROS. ¡Ay! ¡Quizás sea mi marido!

SIN. No tenga miedo. Entre usted en esa habitación, (Señalando puerta derecha.) y encontrará una buena cama, en donde podrá descansar. En el hombro le pondré unos paños de árnica. (Vase Rosalía. Sinesio abre la puerta y se presenta Rufino con un traje viejo y roto y con gorra.)

ESCENA III

SINESIO y RUFINO

RUF. ¿En dónde está mi petate?

SIN. ¡Cómo su petate!

RUF. Hombre, mi cama.

SIN. Eso es otra cosa. Esto no es ningún presidio para que se sirvan petates por camas.

RUF. Usted me dispense.

SIN. Estad usted dispensado. (Aparte.) (¡De qué jaula se habrá escapado éste pájaro!...) En esa cama puede dormir. (Señalando la del lado izquierdo.) La peseta que le cuesta la cama me la tiene usted que dar antes de acostarse.

RUF. ¿Cómo es eso?

SIN. Así, como lo ha oído.

RUF. En ninguna casa de Madrid se paga hasta por la mañana.

SIN. Pues en la mía se paga por la noche.

RUF. ¿Desconfía usted de mí?

SIN. No, señor; pero bueno es tener cobrado.

RUF. No le hará falta la peseta.

SIN. Es que yo la quiero ahora mismo.

RUF. ¿Usted se figura acaso que yo no tengo dinero?

SIN. Yo no me figuro nada.

RUF. Y aunque no lo tuviera (que gracias á Dios no me hace falta) creo que podría cobrarse.

SIN. ¿Cómo?

RUF. Con cualquiera de las prendas que llevo puestas.

SIN. Me parece que todas esas prendas juntas no valen dos reales.

RUF. ¡Usted me insulta! (Enfadado.)

SIN. Yo no insulto á nadie. Lo que está á la vista...

RUF. En fin, yo me acuesto, y mañana hablaremos.

SIN. No se lo permito.

RUF. Me es igual.

SIN. ¿Qué?...

RUF. Que me acuesto sin dar la peseta.

SIN. ¡Qué descaro!... Salga usted inmediatamente de mi casa. (Enfadado.)

RUF. No me da la gana.

SIN. ¡Lo veremos! (Se dirige hacia Rufino en actitud amenazadora.)

RUF. ¡Lo veremos! (Saca una enorme navaja. Sinesio retrocede.) ¡No me salgo de aquí ni por nada, ni por nadie!

SIN. ¡Esto sí que es bueno!... ¡Ni aun puede mandar uno en su casa!

RUF. Sí, señor; puede mandar. Pero usted tiene la culpa de todo.

SIN. ¡Me gusta la ocurrencia!...

RUF. Nunca deben hacerse ciertas exigencias.

SIN. Tengo derecho para hacerlas.

RUF. Hombre, pero no está bien visto.

SIN. Si todos los huéspedes fueran como usted, estaba aviado.

RUF. Veo con mucho disgusto que haya formado de mí mal concepto.

SIN. No es muy bueno.

RUF. Vamos, tranquilícese usted. No sabe con quién trata.

SIN. Ya me lo presumo. Por la primera noche que he admitido gente en mi casa para dormir, me he divertido.

RUF. ¿Conque es la noche primera que...?

SIN. (Interrumpiéndole) Sí, señor.

RUF. Me alegro mucho.

SIN. ¿Por qué?

RUF. Porque entonces espero que me obsequie con una opípara cena.

SIN. (Con ironía.) No, señor; es mejor que cene us-

ted aquí, almuerce mañana; después le alquilaré un coche para que se pasee por la Castellana; luego le entregaré á usted las camas, que son los únicos muebles que poseo, para que los venda y se divierta á mi costa, y yo me iré á San Bernardino. ¿Está usted conforme?

RUF. No, no deseo tanto. Lo que quiero es que no se alteren las buenas costumbres.

SIN. Pero, ¿qué costumbres son esas?

RUF. Cuando se inaugura un establecimiento de esta clase, se les sirve una buena cena á los parroquianos que acuden la primera noche, para que éstos hagan propaganda.

SIN. No necesito esa propaganda.

RUF. No sea usted tonto: eso le conviene.

SIN. Mañana no duerme en mi casa nadie más que yo. Conque, aprovéchese usted.

RUF. Voy á acostarme; tengo sueño.

SIN. (Aparte.) (Le pondré unos pañitos á mi enferma.) (Vase puerta derecha. Rufino se acuesta. Pasado un rato suena la campanilla.)

ESCENA IV

SINESIO y en seguida el ESCRIBANO

SIN. Mi enferma no quiere que le ponga los paños. (Saliendo puerta derecha.) Veamos quién viene. (Abre la puerta y se presenta el Escribano.)

ESC. ¿Ha entrado aquí una mujer?

SIN. No, señor. (Aparte.) (Este es el Escribano.) (Le coge la mano derecha al Escribano como para mirarle las uñas.)

ESC. ¿Por qué me ha cogido la mano?

SIN. Tenía usted un bicho en ella y se lo he quitado. (Aparte.) (¡Qué garras!) Pues, sí señor; aquí no ha entrado ninguna mujer.

ESC. ¿Dónde demonios se habrá ocultado? ¡Es extraño el caso!... La he visto entrar en esta casa. He registrado todos los pisos, y nada: no la he podido encontrar.

SIN. La habrá confundido con otra mujer.

Esc. Estoy seguro que era la mía. En fin, Dios se la depare buena. Para mí ya como si no existiera en el mundo.

Sin. ¿Piensa usted abandonarla?

Esc. Sí, señor.

Sin. No cometa tal disparate. En mi concepto, lo que debe usted hacer es no buscarla en seis ú ocho días. Verá cómo pasado este tiempo vuelve á casa más mansa que un cordero y pierde la costumbre de escaparse.

Esc. Estoy resuelto á abandonarla para siempre.

Sin. Eso es una crueldad. El castigo que le he he aconsejado que le imponga es muy suficiente; esto es, si ella ha huído de casa por su gusto; porque tal vez obedezca su huída á que usted la haya maltratado, en cuyo caso no merece castigo ninguno. Quizás sea un ángel.

Esc. ¡Patudo!...

Sin. ¿Es celosa?

Esc. No, señor; pero le da á uno suficiente motivo para estar celoso, que es peor.

Sin. No estoy conforme. Una mujer celosa es una fiera.

Esc. ¿Es usted casado?

Sin. ¡Sí, señor!

Esc. Y, ¿preferiría que su mujer fuera ligera de cascos á que fuese celosa?

Sin. ¡Ya lo creo!...

Esc. Eso, no es tener dignidad.

Sin. Será no tener dignidad; pero me importaría muy poco que mi mujer fuera ligera de cascos, y además puerca, fea, golosa, gruñona, murmuradora, mari-macho, holgazana, chismosa, enredadora, y que tuviera los galanes á docenas, con tal que dejara de ser celosa.

Esc. Usted no está en su juicio.

Sin. Le digo la verdad.

Esc. Usted no sabe el martirio que da una mujer que es amiga de galanteos.

Sin. Y usted ignora los sinsabores y los arañazos que da una mujer celosa. ¡Sólo Dios y yo sabemos los trabajitos que he pasado con mi costilla...!

Esc. Pues yo no pienso sufrir más con la mía. Esta noche dormiré aquí; por la mañana registraré todos los rincones de la casa, á ver si la encuentro para dejarle un *buen recuerdo*, y luego saldré para Barcelona.

Sin. No sea usted así. Márchese á su casa, en la que tal vez encontrará ya á su señora, y haga las paces con ella. (Aparte.) (¡Cómo despediré á este hombre!...)

Esc. Soy firme en mis resoluciones.

Sin. Le advierto que en mi casa no puede quedarse á dormir.

Esc. ¿Por qué razón?

Sin. Porque no hay ninguna cama desocupada.

Esc. ¿Y esa? (Señalando la de la derecha.)

Sin. Está ya alquilada.

Esc. ¿Por quién?

Sin. Por un señor que vendrá muy pronto.

Esc. Cuando venga estará ocupada.

Sin. Ese caballero la tiene alquilada, y no es justo que usted la ocupe. En esta misma calle encontrará cama en donde poder descansar.

Esc. Estoy rendido y no me encuentro en disposición de dar un paso. Yo me acuesto.

Sin. (Aparte.) (Esto va á ser un compromiso..) Veo que es usted un hombre honrado, y mi conciencia no estaría tranquila sino dijese toda la verdad.

Esc. ¿Que quiere usted decir?

Sin. Que en esta casa no se hospeda más que gente maleante y del mal vivir.

Esc. Me importa poco.

Sin. ¡Cómo! ¿Consentirá usted que lo roben, y que lo maten, si es necesario?

Esc A un desesperado no le meten miedo todos los bandidos de la tierra juntos.

Sin. ¿De modo que no se va usted?

Esc. No, señor.

Sin. (Aparte.) (Este me da un disgusto...) Pues yo no le permito en mi casa.

Esc. Permítamelo ó no, me quedo.

Sin. (Aparte.) (Otro que toma posesión de su casa.) No me haga perder la paciencia...

Esc. Lo mismo le digo.

SIN. ¡No dé usted lugar!...

ESC. (Interrumpiéndole) Le he dicho que no me voy. (Enfadado.)

SIN. ¡Si no se va por voluntad, se irá por la fuerza!

ESC. ¡Me está ardiendo la sangre en las venas en verle tan insolente! (Coge á Sinesio por el pescuezo.)

SIN. ¡Ay! ¡ay! ¿Qué va usted á hacer?

ESC. ¡A estrangularle si vuelve á decir que me marche! ¡Bueno estoy esta noche para bromas!... (Se acuesta.)

SIN. (Aparte.) ¡Que demonio de escribano!... Si no canto la palinodia, comete alguna barbaridad conmigo. ¿Y quién no teme á esas uñas? Si mañana se entera que está aquí su mujer, me mata sin remedio. Voy á ver si la convenzo y... la curo. (Vase puerta derecha. Después de una pausa larga suena campanilla.)

ESCENA V

SINESIO y en seguida DON SERAPIO

SIN. (Saliendo puerta derecha.) Nada, es refractaria á toda cura. ¿Quién vendrá ahora? (Abre la puerta y se presenta don Serapio con tapaboca al cuello.)

SER. ¿Podré pasar aquí la noche con tranquilidad?

SIN. En mi casa no se molesta á nadie.

SER. ¿Me lo asegura usted?

SIN. ¡Caballero!... (Algo incomodado.) Me está usted haciendo poco favor; y sobre todo á mi casa, que es la más honrada, reputada y moralizada que hay en Madrid. Hace veinte años que se estableció, y nunca se han quejado ninguno de los muchísimos señores que han pernoctado en ella.

SER. Usted me dispense si...

SIN. (Interrumpiéndole.) Está usted dispensado.

SER. No le extrañe mi desconfianza: he dormido

en varias casas de esta clase, y en todas me han quitado dinero.

SIN. ¿Cómo de esta clase?

SER. Quiero decir... en casas de dormir.

SIN. ¡Ah! Eso ya es otra cosa. Aquí no duermen más que las personas de cierta posición social.

SER. Me alegro que ésta sea una casa de orden y sosiego.

SIN. Aquí todo es orden y sosiego. (Aparte.) (Menos cuando está mi mujer.)

SER. Con tales seguridades bien puedo dormir tranquilo.

SIN. ¡Ya lo creo!

SER. ¿Conque duermen aquí tantos señores?

SIN. Sí, señor.

SER. Y, ¿hay muchos esta noche?

SIN. No hay muchos.

SER. Señáleme mi cama que quiero descansar.

SIN. (Aparte.) (¡Qué animal soy!... No hay cama completa para él y le he dicho que hay pocos señores esta noche. La mujer del escribano me ha fastidiado... Con los colchones de la cama en donde está acostada podría colocar tres huéspedes.)

SER. Vamos, hombre, que tengo mucho sueño.

SIN. (Aparte.) (Hay que apelar á la media cama. Que se acueste con el de la gorrilla, que estará acostumbrado á ocupar media cama.) Estoy pensando que no puedo darle á usted más que media cama

SER. Yo quiero cama completa.

SIN. No hay más que dos medias camas.

SER. Si esta noche que somos pocos los huéspedes no tiene cama para todos, ¿dónde los coloca cuando son muchos los que vienen á dormir? Les señalará cama en el suelo.

SIN. En mi casa no duerme nadie en el suelo. (Algo incomodado.)

SER. Entonces, ¿dónde demonios duermen?

SIN. En buenas camas.

SER. ¿En dónde estás esas camas?

SIN. En esas habitaciones. (Señalando puerta derecha.)

SER. ¿No me han dicho que no tenía cama para mí?

SIN. Tengo muchas. Quise decir que no las tenía disponibles. Esta noche están todas ocupadas.

SER. Usted no está en su juicio.

SIN. Yo estoy en mi juicio.

SER. Pero, ¿habiendo tan poca gente, cómo están todas ocupadas?

SIN. No, señor; no hay poca gente.

SER. Usted me va á volver loco. (Incomodado.) ¿No me ha manifestado antes que había pocos señores esta noche?

SIN. Y lo digo.

SER. ¡Voto al diablo! ¿En qué quedamos? ¿Hay mucha gente, ó poca?

SIN. Mucha, hombre, mucha. Dígame usted, ¿las señoras no son gente?

SER. ¡Ah! Se hospedan también señoras. ¡Buenas pajaritas serán!...

SIN. No ofenda á las mujeres más virtuosas de la tierra.

SER. ¿Qué clase de mujeres son?

SIN. Treinta hermanas de la caridad. (Aparte.) (Chúpate esa.)

SER. ¡Zambomba! ¿Y qué hacen aquí tantas hermanitas?

SIN. Van de paso para un hospital de Valencia.

SER. ¿Cómo vengo yo aquí si hubiera sabido que no encontraba buena cama?

SIN. Encontrará casas de dormir puestas con más lujo; pero, tan decente y acreditada como ésta, no hay ninguna en todo Madrid. Ya sabe lo que le ha pasado en otras.

SER. Es verdad. No sé qué hacer.

SIN. No le queda otro remedio que aceptar la media cama.

SER. En fin, la aceptaré.

SIN. Elija usted ésta que está más blanda. (Por la que ocupa Rufino.) Esa tendrá algún chinche. (Aparte.) (¡No tiene mal chinche!...)

SER. Esto es ya más que burla. Ese señor no querrá levantarse.

SIN. No es necesario.

SER. Entonces, ¿cómo voy á acostarme yo?

SIN. Usted no me ha entendido.

SER Ni es capaz de entenderlo nadie.

SIN. Me explicaré. Cama entera es... una cama.

SER. Verdad de Perogrullo

SIN. Si una cama la ocupa sólo un individuo, claro está que sólo la tiene que pagar; pero si la ocupan dos, cada uno paga la mitad, que es lo que se llama *tomar media cama*

SER. ¡Qué desatino!... Veo que quiere usted explotar su negocio sin tener medios, haciendo lo blanco, negro.

SIN. Yo exploto mi negocio con honradez. (Enfadado.)

SER. Yo creo que se llama media cama á la que se compone de un colchón, una sábana y una almohada.

SIN. Está usted equivocado.

SER. Así lo creía.

SIN. Estoy bien enterado de las cosas pertenecientes á mi profesión.

SER. Basta que usted lo diga. Pero yo no me acuesto con nadie.

SIN. ¿Por qué?

SER. Porque eso lo rechazan las buenas costumbres.

SIN. Está muy admitido.

SER. Hombre, que no está bien.

SIN. ¡Si lo sabré yo! En mi casa, desde que se fundó, es cosa llana y corriente.

SER. (Aparte.) (Tal vez haya esa costumbre. Y, ¿á dónde voy?) Y, ¿no se opondrá ninguno?

SIN. No, señor.

SER. ¿Cuánto me va á llevar por la media cama?

SIN. Eso es según las circunstancias. La cama entera cuesta una peseta; la media dos reales: excepto las noches frías, como ésta, que también llevo una peseta por la media cama.

SER. Y, ¿por qué lleva usted lo mismo?

SIN. Porque lo que se pierde en comodidad se gana en calor, que lo es más importante en estas noches.

SER. De todo saca usted partido.

SIN. Bien se puede dar una peseta por dormir calentito.

SER. ¿Con cuál de los dos me acuesto?
SIN. Con ese señor. (Por Rufino.) Es un buen caballero... (Aparte.) (*De industria.*)
SER. Me gusta más esa cama. (Por la que ocupa el escribano.)
SIN. Le he dicho que tiene algún chinche.
SER. En este tiempo no los tendrá.
SIN. Esa los cria en todas las estaciones.
SER. Dormiré en la que me ha indicado.
SIN. Yo también voy á acostarme. (Vase puerta derecha.)

ESCENA VI

DON SERAPIO y después el ESCRIBANO

SER. Nada, me decido por ésta. (Por la que ocupa el Escribano.) Es más ancha y dormiré más á gusto. Y además guardaré una honesta distancia con mi compañero de cama.
ESC. (Soñando.) ¡Mujer infame, morirás entre mis manos!...
SER. Este señor sueña. ¿A qué mujer querrá matar?
ESC. ¡Hay manchas que sólo se borran con sangre!...
SER. ¿Qué manchas serán esas? (Se acuesta con el Escribano.)
ESC. ¡Deshonrado!...
SER. Ya comprendo. Su mujer lo engaña.
ESC. ¡Muere, malvada! (Coge á don Serapio por el pescuezo.)
SER. ¡Socorro! ¡socorro! ¡Me ahogan...! ¡me aho...! (El Escribano despierta, suelta á don Serapio y se incorpora.)
ESC. ¿Que es esto? ¿Quién es usted?
SER. Un hombre á quien podía usted haber ahogado.
ESC. ¿Quién le ha dado permiso para acostarse aquí?
SER. ¡Toma! mi dinero. Me ha costado una peseta la media cama.

ESC. ¡Levántese en seguida! (Empujando á don Serapio.)

SER. Yo no me levanto. Tengo derecho á media cama.

ESC. Va usted á levantarse muy pronto. (La emprende á mojicones con don Serapio.)

SER. ¡Socorro! ¡Patrón! ¡Socorro! (Cayendo al suelo.)

ESCENA VII

DICHOS, RUFINO y en seguida SINESIO. El Escribano sigue incorporado en la cama

RUF. (Levantándose.) ¡Señores, haya paz! ¡Vaya una trifulca!...

SIN. ¿Qué sucede? (Saliendo puerta derecha.)

SER. Este señor que no consiente que ocupe mi media cama.

SIN. Tiene derecho á ocupar su media cama, puesto que la ha pagado.

ESC No hay tal derecho. Eso no sucede en parte ninguna. (Muy enfadado.)

SIN. En mi casa se acuestan dos reunidos, pagando cada uno media cama.

ESC. Socaliñas de usted para sacar dinero.

SIN. Yo no uso socaliñas. (Enfadado.)

SER. ¿En dónde me acuesto yo ahora?

RUF. Por eso no se apure usted: acuéstese conmigo.

SIN. Eso es: con este señor. Si hasta es mejor cama. Ya se lo dije á usted antes. (Aparte.) (Se empeñó en caer en las garras del tigre.)

ESC. ¿No decía que esta cama la tenía alquilada un caballero?

SIN. Sí, señor; pero no ha venido.

ESC. Me parece que es usted un trapalón.

SIN. ¡Yo no soy trapalón!

RUF. Ea, basta de disputas. Este señor se acuesta conmigo. No de parte de un lecho, que es una cosa insignificante, sino de todo lo que tenga Rufino Listagarra, puede disponer con entera confianza.

SER. Muchas gracias.

SIN. (Aparte.) (Bien debe cuadrarle el apellido...)
RUF. ¡A dormir, señores!
SIN. Sí; que ya es hora.
ESC. Eso es lo que deseo; y que nadie me moleste. (Sinesio apaga la vela y vase puerta derecha. Don Serapio y Rufino se acuestan juntos.)

ESCENA VIII

TIMOTEA. (La escena á obscuras.)

¿Estará en casa? (Entrando puerta del fondo.) Imposible. Se habrá ido á picos pardos. (Tropieza con las botas de don Serapio y de Rufino.) ¡Qué es esto! (Se baja y coge los dos pares de botas.) ¡Dos pares de botas!... ¡Y uno parece de mujer!... ¡Dios mío!... ¿Habrá tenido el atrevimiento de traer á mi misma casa alguna querida? (Se baja y deja las botas en el suelo. Al incorporarse toca con una mano el tapaboca de don Serapio, que estará sobre una silla, y lo coge.) ¡No me cabe duda!... ¡Este es un mantón de mujer!... (Da un paso y tropieza con la cama.) ¡Ah!... ¡Aquí está la cama!.. ¡Dos cuerpos!... (Tentando la cama) ¡Miserables! ¡Adúlteros!... (Se arroja sobre don Serapio y don Rufino.)

ESCENA IX

DICHA, DON SERAPIO, RUFINO, el ESCRIBANO y después ROSALÍA

SER. ¡Favor! ¡Patrón! ¡Socorro!...
RUF. ¿Quién demonios me araña de esta manera?
ESC. ¡Esto es insoportable! Aquí no se puede dormir. (Incorporándose y encendiendo la vela. Don Serapio y Rufino también se incorporan.)
TIM. ¿Qué es esto, virgen santa?... ¡Convertida mi casa en un dormitorio!...
SER. Pues viene usted poco furiosa.

RUF. ¿A qué obedece esta acometida? Creí que me sacaba usted los ojos.

SER. Y yo pensaba quedarme sin orejas.

TIM. Pero, ¿qué hacen ustedes aquí?

RUF. Vaya una pregunta. ¿Pues no ve lo que hacemos?

TIM. ¿Y mi marido? ¡Sinesio! ¡Sinesio! (Llamándolo.)

SER. (Aparte.) (Esta mujer se ha escapado de Leganés.)

ESC. ¡Señora, márchese usted y déjenos en paz!

TIM. ¡No faltaba más!... ¡Echarla á una fuera de su casa!...

RUF. Pero si esta no es su casa. Usted se ha equivocado.

TIM. (Aparte.)(¡Será posible!... ¡Estaré yo soñando!... Pero, no, no, es esta. Este es el balcón.) ¡Sinesio! ¡Sinesio! (Vase puerta derecha, llamando á su esposo.)

ESCENA X

DON SERAPIO, RUFINO, el ESCRIBANO y después ROSALÍA

ESC. ¡Yo no aguanto más! (Se levanta y comienza á vestirse. Dentro se oye una gran gritería)

SER. Yo también me marcho.

RUF. Nos iremos todos. (Don Serapio y Rufino comienzan también á vestirse.)

SER. (Aparte.) (Ahora la ha emprendido con las hermanitas.)

ESC. Esta casa es una jaula de locos.

ROS. ¡Usted será la perdida! (Saliendo puerta derecha.) ¡Ah! (Sorprendiéndose al ver á su marido.)

ESC. ¡Cielo santo!... ¡Qué veo!... ¿Qué hacías en ese cuarto? ¡Ya lo comprendo todo!... Vas á pagar bien caras tus infames acciones!... (Persigue á Rosalía que entra puerta derecha.)

ESCENA XI

DON SERAPIO y RUFINO

SER. Aquí va á suceder algo desagradable.
RUF. Creo lo mismo.
SER. Que se ha puesto mi chaleco.
RUF. No, señor, que es el mío.
SER. Está usted equivocado. El mío no está roto.
RUF. No se habrá usted fijado. (Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
SER. Espérese usted, espérese usted.
RUF. En la calle lo espero. (Vase corriendo.)

ESCENA XII

DON SERAPIO, y en seguida SINESIO que viene huyendo de TIMOTEA

SER. ¡Al ladrón! ¡Que me roban! Al ladrón!
SIN. ¡Dios me valga!... (Saliendo puerta derecha.)
SER. ¡Que se lleva mi chaleco y mi dinero el que se ha acostado conmigo! (A Sinesio.)
SIN. Persígalo usted.
SER. ¿Y la seguridad que usted me daba?
SIN. ¡Hombre, no me hable usted de seguridades estando yo tan *inseguro!*
SER. ¡Todas las cosas de Madrid son iguales! ¡Al ladrón! ¡Que me roban! ¡Al ladrón! (Vase puerta del fondo.)

ESCENA XIII

SINESIO, TIMOTEA, y después ROSALÍA y el ESCRIBANO

TIM. (Saliendo puerta derecha.) ¡Infame... me vengaré!... (Coge á Sinesio por las orejas.)
SIN. ¡Ay! ¡Por Dios, mujer!... ¡Soy inocente!
TIM. ¡Traer aquí á tu querida!
SIN. Yo no conozco á esa mujer.

TIM. ¡Has deshonrado esta casa!... (Suelta á Sinesio y se dirige á Rosalía, que sale puerta derecha perseguida por el Escribano.) Y usted, mujer sin decoro, ¿cómo ha tenido el atrevimiento de abandonar á su esposo para venir en busca de un cortejo?

ROS. ¡Usted me calumnia!

SIN. Mujer, si ha venido huyendo de su marido porque la estaba maltratando.

TIM. ¡Calla, mal esposo, calla!

ESC. (Saliendo puerta derecha.) ¡Vil seductor, morirás entre mis manos! (Coge á Sinesio por el pescuezo.)

SIN. ¡Ay! ¡ay! ¡Que me degüe...!

TIM. ¡Ha traído usted el escándalo y la perdición á mi casa! (A Rosalía.)

ESC. ¡Pero, no; primero debe morir el más culpable: la adúltera! (Suelta á Sinesio y se arroja sobre Rosalía.)

ROS. ¡Favor! ¡Socorro! (Se desprende de su marido y escapa por la puerta del fondo. El Escribano corre tras ella.)

ESCENA ULTIMA

TIMOTEA y SINESIO

TIM. ¡Anda, vete de mi casa! ¡No quiero vivir con un marido que tiene queridas!

SIN. ¡Por Dios, mujer! ¡Te repito que soy inocente. (Arrodillándose ante Timotea.)

TIM. ¡Ya me figuraba yo que durante mi ausencia habías de andar en malos pasos!... Por eso fingí el viaje.

SIN. No pienses mal de mí. Yo no te he faltado. (Cogiéndole las manos.)

TIM. Pero entonces, ¿qué hacías en la habitación con esa mujer?

SIN. Pensaba curarla. Un hombro lo traía todo magullado.

TIM. Nada, no me convences. (Menos enfadada.)

SIN. ¡Timoteita mía! ¿cómo comprendes tú que yo piense en galanteos, queriéndote tan-

to? ¡Dime que crees que tu marido sólo quiere á su mujercita! (Con zalamería.)

TIM. (Aparte.) (Dudo que sea culpable.) Pero, ¿qué significan estas camas? ¿Por qué estaban acostados aquí esos hombres?

SIN. Te lo explicaré. Me has dicho repetidas veces que deseabas tener un reloj. Pues bien; yo pensé poner casa de dormir durante tu estancia en Jetafe, para sacar algún dinero y poder satisfacer tu deseo.

TIM. ¿De veras?

SIN. De veras. ¡Qué ingrata has sido conmigo!... ¡Yo pensando en ganar dinero para hacerte un obsequio, y tú creyendo que yo faltaría á á mis deberes de esposo!

ROS. ¡Júrame que esa mujer no es tu querida!

SIN. ¡Te lo juro!

ROS. ¡Levanta! (Se levanta.)

SIN. ¡Gracias á Dios que te has convencido de que tu maridito te ha sido fiel! (Aparte.) (A la fuerza.)

Mi nuevo establecimiento
no me ha producido nada;
pero quedaré contento
si escucho alguna palmada.

FIN DEL JUGUETE